

# SUPLEMENTO FEMENINO DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 20 de Agosto de 1925

## Crónicas veraniegas

Cumplo mi palabra, querida mía, y mientras llegan las postales primero y las cartas después, que me permitirán seguirte paso a paso en tu viaje a Roma, soy la primera en escribirte. Te marchaste apenada porque mi bolsillo flojillo en demasía, me impidió acompañarte en esa peregrinación del año Santo, que tan reconfortante y pródiga en gracias será para los miles de cristianos que puedan tener la dicha de ayivar su fe con la contemplación de los lugares que regó la sangre de los mártires y la bendición personal del Santo Padre.

Fueron tus últimas palabras al despedirnos: «temo que te aburras, no los días de trabajo en la oficina; los domingos que pasabas en nuestra compañía... pues este primer domingo he disfrutado de lo lindo; he visitado Sitges y de allí vuelvo encantada».

No atino la razón, pero es innegable que casi siempre el viajero toma el tren con alegría, y en esta época es cuando más gusta escapar, aunque sólo sea un día, al barullo de la ciudad y a su ambiente agobiante y febril: por eso ensanchando el ánimo y dilatando la vista, cruzamos por la risueña comarca del Prat, en que los distintos cultivos ponen sobre la tierra parda la gama variada de los verdes; desde el verde tierno de los frutales y hortalizas, hasta el verde acerado de los olivos, que van trocándose más allá en el verde oscuro de los algarrobos y el verde franco y chillón de las pomposas cepas.

Divísase ya el mar, y bordeándole en línea paralela corría el convoy entre los acantilados, para jugar luego al escondite con el sol, entrando y saliendo de los frecuentes túneles, cuya oscuridad rasga a trechos fugaz visión del añil de las aguas a través de los boquetes del muro. Ya en Sitges, nos acoge la pequeña estación, con sus parterres bien cuidados, escalado por rosas amarillas, blancas o purpúreas el tronco de los árboles del andén; cuyo pie cubren los geraneos, hedra espléndidamente floridos.

Esta impresión de vida y exuberancia continúa en el alegre pueblecito mediterráneo, que es un primor de pulcritud, con sus calles esmeradamente limpias, local deslumbrante de las casas, las rejas de los jardines desbordantes de flores; las ventanas encuadradas de azulejos, los balcones colgados de geraneos con sus portales entreabiertos, que dejan vislumbrar patios con vigas fuertemente azuladas y en los que las «mestras» plácidamente sentadas, traen a la memoria la mujer fuerte de la Escritura; guardadora del hogar.

Ni una nota discordante altera la impresión de bienestar que se desprende de Sitges; los niños, los obreros que nos cruzan, van, aunque modestamente bien trajeados; sus rostros reposan contentos y sosiego, numerosos grupos de veraneantes dan la nota del vestir ciudadano, pero ellas y ellos van sin sombrero, calzados de la democrática

alpargata con la libertad que permite el veraneo y, en el fondo de angosta calleja aparece la playa... el mar.

El hermoso paseo de la Rivera, con sus bancos a la sombra de los árboles, ofrece agradable estancia, y allí, y más aún desde las barandillas de maderas blancas del Casino, abarca la mirada la arena salpicada a profusión de toldos rayados o de blancas lonas; de casetas en que domina también el azul, ese azul que siempre os sale al paso en Sitges y que tan bien dice con el color de su cielo y la crudeza de la luz. Entre las barcas alineadas y prontas a ser empujadas hacia el mar, corren y retozan en jambres de chiquillos encantadores, con sus mallots vistosos; rien al sol sus carnicitas doradas; rien sus infantiles bocas cuando el romper de las olas baña sus piecitos desnudos, risas y gritos que hace oír en sordina el ruido acompasado de las aguas.

Lentamente nos dirigimos a la escalinata que sube hasta la plaza de la Iglesia (escalinata amplia pero descentrada entre las abruptas rocas), para contemplar el hermoso paisaje que el incomparable escenógrafo que es la Naturaleza combinó con bella armonía de aguas azules y dorada arena, que forma extensa concha, limitada por rojizas rocas, verdes campos y montañas violeta. Subyugados por el encanto de la sin par mirada, pasan las horas... la playa va quedando sola y silenciosa; cae la tarde, esfumando los contornos de los edificios, que se salpican de luces, y en el horizonte, pequeños puntos luminosos surgen también, señalando la presencia de las barcas; todo es calma... paz... tranquilidad.

EMILIA GERMÁN.

(De Las Noticias, de Barcelona.)

## La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Agosto de 1925.

### La elegancia en las playas y balnearios

La gran temporada parisense terminó a fines de Junio; después del Grand Prix no se encuentran en París más que provincianos y extranjeros a los que atrae este año la Exposición de Artes Decorativas. París ha abdicado su soberanía, y ahora en vez de un centro de elegancia, existen varios.

La gente elegante que prefiere el gran mundo al espectáculo de la naturaleza fija su residencia por unos meses en los balnearios y playas de moda. Los casinos organizan fiestas que sobrepujan a veces en brillantez y elegancia a las galas parisenses; las carreras ofrecen visiones de tal elegancia y real belleza que pueden compararse con las de Longchamp, Auteuil y Chantilly.

Días pasados, en Vichy, presenciando el Grand Prix pensaba que ni el Grand Stéple ni la prueba de los Drags logran reunir concurso más brillante y selecto.

El Grand Prix de Vichy ha sido el gran triunfo del azul; de lejos se hubiera dicho un parterre movido de pervincas; la tonalidad palo de rosa inspiró lindos vestidos y sombreros primorosamente guarnecidos que destacaban sobre el verde del terreno.

Y aquellos a los que el deporte hipico no



Vestido muy original en crepé satin color tabaco, con un gran cuello de crepé georgette beige, bordeado de crepé beige más oscuro

interesaba tanto como las diversas manifestaciones de la belleza femenina, pudieron admirar numerosas y esbeltas siluetas vestidas con arreglo a las últimas instrucciones de la rue de la Paix.

Es curioso comprobar que las *toilettes* que triunfaron en los hipódromos parisinos ya no se ven en los lugares veraniegos; ya no se ven vestidos de organdí, y el enoaje tan sólo aparece en pequeñas dosis. En cambio domina de modo casi absoluto el vestido de crepón de China de estilo *chemisier*, la falda plisada y el *chandail* con cuello y puños bordados así como el vestido de velo estampado con grandes flores y guarnecido con puntas de *godets*.

Se ven muy pocos trajes de hechura sastrer. Hemos visto uno de Kasha y paño blanco con amplia levita adornada con *renard* blanco; la falda es corta.

Debemos poner singular atención en los detalles porque denuncian el *chic* parisense y el buen gusto del que los lleva. Nos preocupamos mucho más que antes de componer un conjunto armónico. Desde que se lleva la falda corta, los zapatos han adquirido extraordinaria importancia y han determinado lujosas fantasías.

Los bolsos nos seducen sobremedera, y nos gusta tener una surtida colección, cosa que no resulta difícil... ya que los fabricantes crean todos los meses nuevos modelos.

El bolsillito de cretona bordado con hilo de oro es verdaderamente encantador, pero resulta un tanto rústico para llevarlo con vestidos de cierta elegancia; el bolso antiguo de pequeñas perlas que representan flores es muy delicado y tiene el encanto de las cosas pasadas... Ahora empiezan a verse sacos de terciopelo de colorido cálido, violeta o cereza, que llevan una linda inicial de brillantes.

Nos encantan los hallazgos de guarniciones que añaden una nota graciosa a la perfección del conjunto.

Únicamente una mujer de gusto puede descubrir los detalles simples de apariencia, pero importantes por su significación. El detalle es la nota personal que da a una prenda el *cachet* de París.

### Vestidos y capas de soirée

Estamos aún en el mes de Agosto, el verano no ha transcurrido todavía; pero ya los modistos trabajan con telas gruesas y preparan las colecciones de invierno. Los primorosos vestidos que realzan nuestra belleza empiezan a dejar de agradarnos porque hace ya varias semanas que los poseemos.

Las mujeres son semejantes a los niños que se hastian pronto de sus juguetes. Necesitan nuevos *chiffons*. Sienten curiosidad por conocer los nuevos modelos que manos hábiles preparan en medio del mayor misterio. Y ello les seduce tanto más, cuanto que en las grandes casas ha comenzado la presentación de las colecciones destinadas a los comisionistas y representantes:

Parece ser que en la moda va a producirse una verdadera revolución. El talle subirá mediante algunos efectos que harán que la cintura quede más alta especialmente en la parte delantera.

Vamos a volver a los *drapés*, pero estos no tendrán relación con los que llevamos hace tres años; los nuevos *drapés* dejarán el busto holgado y sólo ajustarán las caderas.

Los efectos de grandes lazos y volantes levantados nos llevan igualmente al estilo 1880. No sabemos, claro es, que acogida dispensarán las mujeres a estas audaces tentativas que nos desconciertan un poco.

Los vestidos que vemos en los casinos siguen teniendo el mismo aspecto; aparecen ensanchados en su parte inferior por medio de volantes o plisados montados de diversos modos y la holgura de la prenda está más bien delante.

Se observa cierto desvío hacia el *lamé* y el *broché*. La vaporosa muselina de seda triunfa en toda la línea; sirve de tema para hechuras complicadas y forma *godets*, *panneaux* y puntas que caen a un lado.

La muselina se presta también admirablemente para obtener efectos de transparencia de colores superpuestos.

Los encajes en las tonalidades firmes del beige, avellana y palo de rosa, han hecho también su aparición en la moda en forma de originales y encantadoras aplicaciones.

En los vestidos de noche, la cinta constituye una guarnición encantadora y se emplea frecuentemente rodeando la falda en hileras escalonadas y de tonos degradados, velada por una túnica de tul.

Las *toilettes* de gala llevan suntuosas guarniciones de perlas brillantes y luminosos bordados.

Puede decirse que más que nunca sentimos un gusto especial por los conjuntos; es muy *chic* que el forro de la capa haga juego con el vestido o que por lo menos recuerde a éste por medio de algún detalle encantador.

A veces, las capas de noche llevan un ancho *godet* a cada lado incrustado y recortado



Pequeño abrigo en reps marino, cuello, bolsillos y puños en marocain blanco y marocain impreso

sobre una tela suntuosa, lamé, seda u otra, con bordados metálicos.

Las reuniones mundanas en los casinos y playas elegantes, no fueron nunca tan suntuosas como ahora.

Las guarniciones de perlas y strass centellean bajo la luz de las arañas, y los primorosos vestidos blancos y de colores suaves ofrecen una exquisita armonía...

**Hablemos de sombreros**

La moda es caprichosa y suele reservarnos sorpresas en extremo desconcertantes. Las mujeres parecían estar locamente enamoradas de las formas pequeñas que se ajustan bien a la cabeza y pensábamos ya en enviar los sombreros grandes a los museos de indumentaria para que figurasen en las vitrinas junto a las coberteras largas...

Este verano en las últimas reuniones hipicas de Auteuil y Longchamp, asistimos a una ofensiva de la capellina de amplios bordes que vino a echar por tierra todos los pronósticos. Tan pronto como se registró esta aparición, las mujeres quemando lo que habían adorado hallaron que el sombrero grande de color claro que hacía juego con el vestido ligero y escotado era encantador...

Se reprocha en estos modelos la falta de variedad; todos aparecen levantados por detrás y sus bordes descienden suavemente de cada lado. Siguen conservando por lo demás la guarnición muy sobria; una cinta y una escarpela de terciopelo, un manojito de flores...

La flor artificial triunfa con las pajas de verano; las margaritas, claveles y primulas ponen notas alegres en los sombreros; pero lo que verdaderamente se lleva es la rosa que desde hace tiempo aparece en las telas.

En París se vieron últimamente algunas señoras que llevaban en sus capellinas plumas de avestruz desrizadas, de colores delicados o algunas cigrettes; pero se trataba de casos excepcionales y la tendencia actual no se inclina hacia los adornos suntuosos.

Para decir verdad, nos ha seducido tanto el sombrero minúsculo de fieltro que no podemos resistirnos a abandonar por completo. El sombrero pequeño seguirá siendo el cubrecabeza matutino y deportivo que sienta admirablemente con el traje sastrero. A veces se le guarnice con gros grain o con fieltro recortado que se utiliza con cintas o con flores.

La cinta de flores pintadas constituye una novedad original que tiene cierta distinción artística.

Los cueros metálicos que han logrado tanto éxito esta temporada, aparecen también en los sombreros. Forman lazos alrededor de la *collie* y festonan otras veces el fieltro. El cuero dorado armoniza con las tonalidades beige y palo de rosa y el plateado hace juego con el verde jade y el azul perivina.

El sombrero de fieltro cuya *passé* flexible aparece levantada por un lado, resulta muy práctico para las excursiones en automóvil; para la ciudad es preferible un sombrero de forma *cloche* de tamaño mediano que deja la nuca al descubierto y cuyos bordes dan al rostro una sombra graciosa, a la vez que cubren el rostro.

Así, señoras mías, la voluntad de los modistos y creadores que han roto oficialmente toda relación con el sombrero minúsculo, viene a cambiar vuestras costumbres, pero siempre os proporciona ocasión de aparecer lindas y seductoras... con lo cual podéis quedar satisfechas y más que satisfechas encantadas...

**PENSAMIENTOS**

Sólo el amor empuja nuestro valor.

¡Cuanto mayor la miseria, muy mayor la caridad!

¡Cuanto más grande la maldad, más grande el manto de la misericordia!

Todo lo que es bueno, merece siempre un recuerdo.

Compadecer la maldad, no es apadrinarla.

La fuerza del peligro, engendra siempre valientes.

Vale más morir por Dios, que vivir sin Dios.

ELISA CASAS

**ÍNTIMA**

Cuando empecé a quererte, bien lo sabes, despertaban mis celos, una sonrisa tuya, una mirada, todo cuanto estimaba como ageno.

Te llegué a conocer muy poco a poco, coqueta o loca, como Dios te ha hecho y brotaron inmensas tempestades y hondos abismos a mis pies se abrieron.

No pude dominarte, no podía alegar sobre tí ningún derecho, mis dudas hasta el crimen me llevaban y de mis soledades tuve miedo.

Soné en abandonarte; fué imposible, mis cadenas de amor ya eran de hierro y padeciendo penas y torturas resignado sufrí mi cautiverio.

El tiempo fué apagando lentamente el volcán ardoroso de mis celos, ya su lava no quema mis entrañas ni me abrasa la llama de mi incendio.

Lo que ha pasado en mí, sólo Dios sabe, yo no sé si te adoro o te aborrezco, ¡han llegado tus nieves a mi alma! ¡Vencido estoy! ¡mi corazón ha muerto!

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR.

**LECCIONES DE COSAS**

**Jabón para quitar manchas.**—Se humedecen 100 gramos de greda en una cantidad de esencia de trementina. Se mezclan: carbonato neutro de sosa pura, 100 gramos y potasa ordinaria, 100 gramos, y a todo ello se añade jabón negro para obtener una pasta consistente, con la que se forman pequeñas pastillas.

Las manchas hechas con medicinas y linimentos son las más difíciles de quitar. Las de yodo se pueden hacer desaparecer con amoniaco líquido.

Se echa una pequeña cantidad en un plato pequeño y sobre el líquido se coloca la prenda por el sitio que tenga la mancha, que se restregará cuidadosamente hasta que desaparezca.

Después de esto se aclarará el tejido con agua clara y tibia y jabón, como se hace de ordinario.

Ahora que las perlas vuelven a estar de moda, conviene saber cuidarlas.

Cuando no se usan, conviene guardarlas en una caja herméticamente cerrada, en la cual se meterá también un pedazo de raíz de iresno. Según parece, esta precaución basta para impedir que las perlas pierdan el color o su brillo natural.

**Cemento para pegar loza y porcelana.**—Este es un cemento que resiste al agua hiviendo. Se toma cloruro de cinc de una densidad específica de 150, 100 partes, y en él se disuelven 3 partes de bórax. Después, con este líquido y óxido de zinc, en cantidad suficiente, se prepara una pasta de bastante consistencia.

**LAS MUJERES DE LA HISTORIA SEMIRAMIS**

**Reina de Asiria.** Dificil nos es poder dar exactas noticias acerca de esta mujer, tan celebrada en la antigüedad, tanto por su talento como por su hermosura. Los autores que de ella se han ocupado, lo han hecho en términos tan exageradamente pomposo, que su mis-

ma exageración indica su falsedad. Según Herodoto, reinó cinco generaciones antes de Nitvezis, y mandó construir los famosos diques para contener las avenidas del caudaloso Eufrates; también se atribuye a la célebre viuda de Nino la fundación, fortificación y embellecimiento de la populosa ciudad de Babilonia, donde asentó su trono con tal magnificencia y poder, que de luegas tierras le enviaban embajadores solicitando su amistad y alianza. Esto es cuanto puede asegurarse de cierto sobre esta princesa célebre, porque de registrar aquí todas cuantas fábulas han inventado los poetas, o ficciones acogido los historiadores, no un artículo, sino muchos volúmenes, serían necesarios para ello. Si algún curioso, empero, quisiera extasiarse con las grandezas que se atribuyen a esta reina de Asiria, podrá consultar la «Historia antigua», del escritor francés Rollin, en la que ha reunido todas las tradiciones y hazanas que se atribuye a Semíramis, procurando, no sin trabajo, conciliarlas entre sí.

**FIESTA MAYOR CUENTO**

Alegra tu rostro, mocita, alegría tu rostro, que es fiesta mayor. ¡Viste tu cuerpo con las galas mejores, que el corazón ya vistió las suyas!... ¡Alégrate, ric, ric, que es fiesta mayor, que es tu fiesta mayor, mocita!

Y tú, mocito pinturero, ¡ponte los trapitos de cristianar y acude a la fiesta mayor; ve y abrí tu corazón a todas las ilusiones, reparte sonrisas y saludos... ¡siembra un poco de amor!... Mira que es en tu honor la fiesta, la fiesta mayor, mocito pinturero...

Y vosotros, abuelos colmados de ventura, ¡salid que es fiesta mayor! ¡Vestiros de recuerdos! ¡Sad felices con la felicidad ajena, abuelos, que ya lo fuisteis con la propia!...

Otra vez fiesta mayor. ¡Verdad que en vez de un año más, parece que tengáis muchos menos? ¡Es la fiesta mayor, la eterna fiesta vieja siempre nueva, como el amor, que nació antes que el mundo y aún es niño!...

Y tú, Amor: llena tu carcaj, llénalo bien... aprieta la venda que cubre tus ojos, y dispara sin descanso tus flechas amorosas.

Y tú, luna: asómate al firmamento y que se asomen también tus esclavas las estrellas, cuya belleza oscurece tu hermosura... ¡vive!

¡Que es la fiesta mayor!... ¡Que es la verdadera noche del amor, más aún que la noche-cilla de San Juan, que es la noche del amor puro, del amor inocente: del verdadero amor!

Y, mientras te engalanas y te alegras mocita; y mientras acudes a la fiesta, mocito pinturero; y mientras salís a vivir la juventud pasada, abuelos... escuchad un cuento de fiesta mayor.

La calle no muy ancha, luminosa modo de artesonado, gairnaldas de papeles, ofreciendo un conjunto politerómico agradable a la vista, abundaban los balcones engalanados con banderas, flameando, y en los gallardetes (columnas del caprichoso arco de entrada) ondeaban dos banderas. Profusión de macetas ornaban la calle, en cuyo principio alzábase el tinglado en que la «cobia» arrancaba a los varios instrumentos, rítmicos acordes. No había en esta calle, demasiado estrecha para ello, el artístico entoldado que, lucen, algunas plazas, aunque toda ella era un salón de baile... Numerosas parejas de bailarines seguían, eufónicas, los ritmos musicales; era la juventud triunfante en la noche canicular de agosto. Los abuelos y los padres, gozaban la fiesta ante sus domicilios, rimando el eterno poema de la añoranza.

Ante una casa, el «ayú», señor Manuel, con su esposa la anciana señora Josefa y sus dos hijos, observaba a la nieta: Rosa, la «pubilla». Había notado el señor Manuel que a Rosa se la disputaban dos mocitos: el uno Ramón, hijo de un fabricante de tejidos, orgulloso y adinerado; el otro, «Quimet», mecánico, noblete y buen muchacho. Y había notado el señor Manuel que Rosa estaba indecisa y ballaba una vez con el uno y otra vez con el otro.

Danzaba en este momento Rosa con Ramón; el mozo la apretaba contra su pecho y murmuraba al oído de la nena piropos que la ruborizaban y hacían enrojecer a «Quimet».

Cesó la música sin terminar el poema sinfónico... Había que obsequiar a las mocitas con ramos. Así lo hizo Ramón con la «pubilla»... «Quimet», aunque no bailó la pieza del ramo, obsequió a Rosa igualmente.

Entonces, el abuelo la llamó; sentóla al lado suyo y la dijo:

—Mientras dura el descauso, oye: Hace de esto muchas fiestas mayores; ni tú ni tus padres nacierais aún ¡a ves!... En tal noche como hoy y, como hoy, a una mocita se la disputaban dos: el dinero y el amor... Parecía el triunfo del dinero inminente, cuando triunfó el amor... La mocita despreció el dinero; la «pubilla», se inclinó al amor... Y fué tan feliz, que algunos años después tuvo amor y dinero... Aquella mocita de antaño, hoy ya es vieja; tiene hijos y nietos... Aquella «pubilla», mirala: es tu abuela.

Y señaló con el dedo a la anciana que sonreía, feliz... acaso viviendo aquella fiesta mayor que la hizo dichosa.

Tras unos bailes, que no danzó Rosa, pensando en las sentenciosas palabras del «ayú», dió comienzo la subasta para obtener la «toya», el galardón que ansían las nenas todas en noche tal...

Comenzó la subasta y, al poco ofrecían por la «toya» cincuenta pesetas.

La voz del subastador, pregona, estentórea:

¡Cincuenta!... ¡Cincuenta!... ¡Hay quién de más?... ¡Cincuenta a la una!... ¡Cincuenta a las dos! ¡Cincuenta!...

«Quimet» interrumpió el pregón:

—¡Cincuenta y cinco!

Pero rápido como una flecha, gritó Ramón:

—¡Sesenta!

Seguó el pugilato entre Ramón y «Quimet»; últimamente, Ramón ofreció por la «toya»:

—¡Cien pesetas!

Se palpó los bolsillos «Quimet»; ¡no tenía más que noventa y dos pesetas y unos céntimos!... Presuroso, acudió a sus amistades:

—¡Por compasión, dejadme cinco duros!...

Más era tarde: la «toya» fué adjudicada a Ramón por cien pesetas. Y, ufano, orgulloso, engreído, retador, fué a llevar a Rosa, entre la admiración de todos, el galardón soñado...

Cálidos, sonaron los aplausos... Destrozado, pálido, corajudo, «Quimet», en el momento en que Ramón ofrecía a Rosa el objeto de arte, se abalanzó sobre él y, arrojándole contra el arroyo, lo hizo pedazos...

Y luego magnífico, ofreció el ricacho supécho.

La lucha era inevitable. Un grito de angustia salió al unipono de todas las gargantas; pero los hombres impidieron la pelea.

Ramón, al verse libre, huyó; «Quimet», lloraba mordiendo el pañuelo con coraje...

Varios días después, «Quimet» y Rosa paseaban del brazo, tejiendo entre los dos el viejo poema, siempre nuevo, del verdadero amor.

A FERNÁNDEZ ESCOBES

**EN EL TOCADOR**

**CUANDO LOS CODOS SE PONEN RUGOSOS** y de mal aspecto, sobre todo si se tiene costumbre de apoyarlos en las mesas, da muy buenos resultados frotarlos por la mañana, al lavarse, con sal común seca.

La fricción ejerce sobre la piel un efecto estimulante y la pone suave y tirante. Por la noche debe aplicarse a los codos un poco de cold-cream.

**PARA ACLARAR EL CUTIS ENNEGRECIDO POR EL SOL.** Se untan la cara y las manos con una pasta compuesta de magnesia y agua templada. A los pocos minutos se quita con agua de jabón muy espumosa, y por último, se lava con agua templada.

También es bueno cuando se vive en el campo lavarse con leche descremada.

**NO SE DEBE DAR VASELINA EN LA CARA CUANDO SE VA A SALIR AL SOL,** porque se levantan ampollas. La vaselina no debe emplearse más que de noche, porque entonces es cuando refresca y suaviza el cutis. De día, hay que usar crema de pepino o cualquier otra loción suavizadora.

**LAS ESPONJAS DEBEN SECARSE** poniéndolas al aire y al sol. Para que se conserven bien, conviene escalearlas de vez en cuando con agua de sosa.

Imp. de M. Sintet Rotget. Mahón